



vn rico presente con diferentes piezas de oro, ropas sutiles de algodón, y plumas de varios colores, todo con intento de que no passasen adelante.

Admitió el Capitan Cortés el regalo, y retornó con vn presente proporcionado a la grandeza del Emperador. Y viendo que determinava passar a su presencia, trató segunda y tercera vez con muchos mas ricos presentes de instarle que se bolviesse. Pero no bastó todo el conato del Emperador, para impedir los designios que tuvo siempre de pasar adclante el generoso Caudillo. Dejando fundada la villa rica de Vera Cruz, dispuso su jornada para México, y en las primeras facciones de los de Zempoala llegó el rumor de las armas a la Corte de México; y esta noticia de venir caminando todo el exercito con el designio de venir y ablar al Emperador, le causó tal consternacion y le hizo entrar en cuidados tan grandes, que hizo junta y llamó a Consejo a los mayores de su Reyno con todos los ancianos para ver la resolucion que devia tomar en caso tan apretado. Ya en esta sazón el gran Cortés estava confederado con el señorío de Tlaxcala, y entrando en nuevos temores el Emperador, por ver a los Españoles auxiliados de sus mayores enemigos, consultó, por medio de sus echiceros a sus Oráculos, y todos le respondian que por ninguna manera permitiesse entrar en México a los Españoles, pues de su venida era cierta su destruccion y ruina. Ya el agua llegava a la boca, porque la determinacion del Español Caudillo estava declarada de entrar en la Imperial Ciudad, retando a morir ó vencer hasta conseguirlo.

Viendo, pues, Motecuhzuma, que ni dádivas, ni suplicas, ni todas las diligencias que avia puesto para impedir los designios de Cortés eran suficientes a estorbarlo, y con tener tantos millares de indios guerreros, para poner temor en los Españoles, pues todo el orgullo de su Imperio no bastava a reprimir el valor de tan formidable Caudillo, determinó buscar fuera de su Reino nuevo auxilio militar, aunque fuesse menos decoroso a su opinion y a la fama de su conocido valor. Oprimido de estos aprietos el Imperial Monarca, con toda solemnidad y aparato (*envió*) a vno de sus principales por Embajador

al Rey de Michoacan, proponiendole la violencia de los hijos del Sol, y el desacato de vnos extrangeros, que se querian alzar con sus tierras despojándolos de sus Coronas, y profanar el culto y Religion de sus Dioses. Y que por tanto, temiendo la indignacion de ellos y que no les castigassen la omision en su defensa, dejasse antiguas enemistades, y tratassen en ambos de la restauracion de sus tierras por quanto sentia algunas emulaciones y odios ocultos (que le davan mas cuidado que el suyo siendo declarado) que avian de ser el cuchillo del Imperio y el incendio de los demás; porque rendido él, se avian de sujetar todos, y consiguientemente el gran Caltzontzi de quien no seria bien que se dijese, que abatia el valor a cuatro extrangeros, que no pudo sujetar el mayor Monarca. Estas y otras razones, que mas parecen efectos del temor que reconocimiento al esfuerzo del Tarasco, le propuso, para moverle a su defensa y reducirle a la resistencia de los Españoles: porque ya Motecuhzuma, como se veia en las uñas del leon, por donde quiera que bolvia los ojos, no mirava sino angustias, que eran los aprietos de la guerra, cuyo estruendoso ruido resonava a sus oidos, y el estrago lo iba experimentando en muchas tierras de su gobierno.

Siendo, como es, de derecho natural defender cada vno lo que es suyo, y resistirse aunque sea con armas al que intenta quitarle aquellas cosas a que tiene derecho, posesion y dominio, movió de manera el Emperador al Rey de Michoacan, que determinó confederarse con él y declarar la liga para levantar de la vna y otra parte numerosos exercitos, que no solo resistiessen el curso violento del que llamavan hijo del Sol, sino que lo debelassen y prendiessen para sacrificarlo a los Dioses. No es dudable que el consentimiento que mostró a los principios el Rey Sinzicha de vnir sus armas con las del Imperio diesse nuevo aliento al Emperador, por la satisfaccion que tenia del esfuerzo del Tarasco, para que con empeño tratasse de la expulsion de los Españoles, que le ivan poniendo en durissima opression por todas partes. Estava el Imperio Mexicano tan ardiente y orgulloso, que la sangre no le cabia en las venas y alterado con el

nuevo socorro que el Rey de Michoacan le avia prometido, concebía nuevas, avnque confusas esperanzas de ver destruido con su Caudillo todo el Egercito Español, puesto que era tan crecido el número de sus soldados y los de Michoacan, que sin hipérbole podian poner mil contra vno de los de la Europa.

Pero como el estruendo no para adonde da el rayo, sino que passa amenazando a todas partes con el estrago, assi el invictissimo Capitan Cortés dava el golpe en la cabeza de este mundo Americano y el estruendo passava amenazando a los Reyes y Provincias, con que todos antes de experimentar el golpe escarmentavan en cabeza agena. Esto se vió cumplido en el Rey de Michoacan, quien cada día se informava de el estado en que se iba poniendo la guerra, y le venian repetidos avisos por los correos que despachava, de las hazañas, valor y militares esfuerzos que le referian de los Españoles, el estrago que hacian en los enemigos las armas de fuego, la ligereza de los cavallos, y todo junto le hizo formar concepto de que era en vano oponerse a vnos hombres que tanto tiempo antes tenian pronosticado sus antepasados avian de venir de las partes del Oriente y avian de dominar a todos estos Reynos y gentes de Occidente. No podia olvidar los funestos anuncios que se vieron en la plana de los Cielos, con otros desengaños de fatalidades experimentadas en su Reyno: y para resolverse a dar auxilio con sus armas, que tenia puestas y prevenidas a punto de guerra, hizo juntar todos los Sarpas y Magistrados para consultar los daños que pudieran seguirsele, ó conveniencias que pudiesen lograrse de hacer vn cuerpo con los Batallones del Imperio; y todos uniformes, recurriendo a los vaticinios antiguos, reconocieron la declinacion de la Monarquia, y fueron de parecer, no tomassen las armas, sino que esperando a ver lo que sucedia en la Imperial de México, si quedassen (como temian) los Españoles victoriosos, se darían de paz, por hacer voluntarios lo que avian de obedecer violentos. Este consejo les salió tan bien logrado, que, como irémos viendo, el Reyno de Michoacan se conquistó sin sangre y sin fuego.



### CAPITULO VIII.

#### *De qué manera se descubrió la Provincia de Michoacan y quién lo hizo.*

**D**E la materia de este capítulo no hizo mencion la Chronica de Michoacan, acaso por no parecerle necesario; pero hallando en el Chronista General de estos Reynos, Antonio de Herrera, cosas muy especiales que conducen a esta Historia, no me pareció defraudar a los lectores de tan curiosas noticias.

Despues de aver ganado el General Cortés la gran Ciudad de México, solicitava tener nuevas de otras Provincias, y para esto remitió a vn soldado que llamavan Villadiego con algunos Indios y cosas de rescate, con orden que recorriese las tierras comarcanas; pero ni él ni los Indios parecieron mas.

(1) «A otro soldado llamado Parrillas, a quien solia embiar para proveer de gallinas el Egercito, llevado de los moradores del Pueblo de Matlalzinco, tocó en la raya de Michoacan, y los Indios se alegraron mucho de verle, tocándole con las manos como cosa nunca vista, representándoseles que muchos como aquel eran bastantes para superar mayores Ciudades que México, y por señas, y por intérprete, respondió a lo que le preguntaban, y se enteró de la tierra de Michoacan,

(1) Desde aquí comienza lo que copió el autor de Herrera, Dec. III, Lib. III, cap. III y siguientes, tomo II, pág. 81 de la edición matritense de 1726. (N. de los EE.)

informándose si tenían plata ú oro, y con alguna labrada que le dieron y dos Indios que acompañassen, se fueron a la presencia de Cortés muy contentos. Mandó los tratassen muy bien, y que los llevassen por todo el Egercito, que hizo escaramucear delante de ellos, de que quedaron no poco espantados. Dióles algunas cosas de Castilla, y por el intérprete les dijo: que los Christianos, siendo tan valientes para sus enemigos, assi amparavan a los quese hacian sus amigos, y que presto los irian a ver y enseñarles quan errados vivian en adorar falsos Dioses, y en sacrificar hombres, y que se podian ir en buena ora a su tierra.

«Mandó que los acompañassen algunos Indios Mexicanos, y recelándose de ellos los Tarascos, admitieron por compañeros a algunos Tlaxcaltecos hasta llegar a su Pueblo. De allí passaron los Tarascos a noticiar a su Rey de todo lo sucedido. Determinó entonces el Español Caudillo descubrir esta tierra, y para ello escogió al soldado Montaña y a otros tres Castellanos, que tenia por hombres de discrecion y de valor, y dándoles veinte Señores Indios que les acompañassen, con vn intérprete que sabia las tres lenguas, la Mexicana, la Otomí y la Michoacana, mandóles dar muchas cosas de rescate y encargóles que procurassen ver y hablar al Señor y tratar amistad con él, informándose de la gente, las armas, fuerzas, contrataciones, fertilidad y disposicion de la tierra, y que pudiendo hablar de espacio con el Señor le diessen razon de quienes eran el Sumo Pontífice y el Rey de Castilla, desengañádoles de muchas cosas en que estaban ciegos: y que por no aver querido los Mexicanos recibir tanto bien avia permitido el Gran Dios de los Christianos que fuessen destruidos, como haria a todos los que los imitassen. Prometió a Montaña y a sus compañeros, si traian buen recado, de hacerles grandes mercedes, y luego delante de ellos dijo muchas cosas a los veinte Señores; y entre otras, lo que principalmente les rogó y encargó fue, «que yendo con aquellos Castellanos, que eran muy valientes y hermanos suyos, los guardassen y que nunca los dejassen, porque de esto recibiria gran contento y le pondrian en obligacion de que bolviendo los

«haría mayores Señores; y como para tal negocio, convenia encargarles mucho que en las Demandas y Respuestas dijessen y tratassen toda verdad; y que si se viessen con el Señor de Michoacan, como testigos de vista le contassen el poder de los Christianos, y que quan bien les estaria darse por vasallos del Emperador de ellos, que era el Rey de Castilla.»

«Partieron, pues, todos juntos muy alegres: caminaron quatro dias sin apartarse los vnos de los otros hasta que llegaron cerca del Pueblo que se llama Taximaroa, raya de Michoacan: y como los vecinos y el Señor de él tenían tan buena relacion de los Castellanos, por lo que los Indios avian dicho, el Señor y Gobernador de él, con muchos principales que le acompañavan y con mucha gente popular, por ser el lugar grande, les salieron a recibir. Abrazó a los Christianos, dióles, (como tenían de costumbre), rosas y ramilletes, y luego abrazó a aquellos Indios Señores. Pararon vn rato, y por el intérprete, el Señor les dió la bienvenida, diciendo: «Que se holgaba mucho que a su Ciudad y Casa hubiessen llegado tan buenos huéspedes, que se holgassen, porque él los serviria y regalaria quanto pudiesse; y que estuviessen ciertos de que él deseaba mucho conocer a su Capitan, y por él, ser criado y vasallo del Señor de los Christianos, por que veía que su poder era tan grande que estando su persona tan lejos de México, con pocos criados y vasallos, hubiesse sujetado la mas fuerte Ciudad que en aquellas partes avia, y que tenia entendido que lo mismo podría hacer de todos los demas Reynos de aquella tierra; y que supiessen que desde aquel Pueblo adelante comenzava el Reyno de Michoacan, sujeto a vn gran Señor, que era capital enemigo de los Mexicanos, y que la tierra era grande y fértil, y muy poblada de hombres, y muy diestros en las flechas; y que creía que aquel gran Señor embiaria presto sus Embajadores a Cortés, ofreciéndole su Persona, Casa y Reyno.»

«Los Castellanos recibieron de esto gran contento, porque vieron que de tales muestras no se podía seguir sino próspero sucesso: dijéronle que con el tiempo veria el gran valor de Cortés, y que por él y sus compañeros

conoceria el gran poder del Emperador de los Christianos, y que comunicándose todos se desengañarian de los errores en que estaban. En estas y otras pláticas todos muy alegres, dieron la buelta acia la Ciudad, la cual por la guerra con los Mexicanos, (aunque era muy grande), estaba cercada de trozos muy gruesos de encina, cortados a mano. Tenia esta trinchera ó muro de alto dos estados y vno de ancho, y parecia muy antigua: renovábase siempre sacando los trozos muy secos y metiendo otros recién cortados, para lo cual avia maestros y peones diputados, que en ninguna otra cosa se ocupavan, pagados del dinero del Reyno. Por lo alto y por el lienzo de afuera y de adentro, iba tan igual y tupida la cerca, que no pudiera ser mejor labrada de canteria. Acostumbravan desde su principio, por la victoria que contra los Mexicanos tenian, de no quemar la leña vieja y seca que sacaban de ella, sino en sacrificio de sus Dioses. Hacian ciertas ceremonias quando metian la nueva, significando que con su favor se haria aquel muro tan fuerte, que sus enemigos nunca entrarian por él, y que dél saldrían los amigos y volverian victoriosos. Entrados que fueron en el Pueblo, les llevaron mucha comida y les hicieron muchos regalos, y tan buen tratamiento, que los Castellanos quedaron espantados; pero con todo y eso, aquella noche estuvieron despiertos y en vela, como hombres de guerra que querian estar seguros.

«Otro dia los Castellanos avisaron a Cortes de lo que passava y prosiguieron su camino a Michoacán: tardaron en llegar seis dias, acompañándolos cada dia mas gente de los Pueblos comarcanos, que al camino salian a ver los que tan gran negocio avian acabado con sus enemigos los Mexicanos. De la llegada de los Castellanos a Taximaroa, el Governador avisó al Rey, y a los Governadores de los otros Pueblos por donde passavan, hasta embiar pintados a los Castellanos cómo ivan, cómo comian, cómo dormian, las armas y vestidos que llevavan: y quando llegaron a media legua pequeña de la Ciudad de Michoacan, el Rey, para mostrar su poder y su buena voluntad, mandó salir a ochocientos Señores, vestidos de Fiesta, que cada vno tenia diez ó doce mil vasallos: sa-

lieron con ellos tanta gente, que cubrian los campos. Llegados los Castellanos, los abrazaron; y vno de ellos, que parecia tener mas edad y mas autoridad, dándoles primero vnas rosas, dijo: El gran Señor nuestro, cuyos vasallos somos los que aquí estamos, nos mandó os saliésemos a recibir, y que os dijésemos fuéssedes muy bien venidos, y que por particulares mensageros, desde que llegasteis a Taximaroa hasta adonde agora estais, os ha embiado a visitar, significando el contento que con vuestra venida tiene: díjonos que entrando en su gran Ciudad sereis tratados como en la vuestra, donde os ruego reposeis y descanséis, y que os hace saber que de lo que deseais entender de él y de su Reyno, os dirá gran parte, y que assi recibirá gran merced en que de Cortés y del muy gran Señor suyo, el Emperador y Rey de Castilla, le deis cumplidas nuevas, porque desea mucho ser amigo del vno y vasallo del otro. Los Castellanos respondieron en pocas palabras; despues de lo cual guiáronlos a vnos aposentos bien grandes y extrañamente labrados, que parecian bien ser de tan gran Príncipe. Llevávanlos con grandes ceremonias de crianza y reverencia, diéronles a comer variedad de manjares, tocaron sus instrumentos músicos, que son muchos y hacen mucho ruido, y en comiendo, el gran Señor los fue a ver, (avunque dice Montañó en su relacion que antes que les trajesen de comer); salió con gran magestad a verles, y haciéndoles señal de paz, no consintiéndoles llegar a él, les dijo que reposassen y que bolveria luego a hablarles despacio.

